

vención de 28 de septiembre prestaron fe y homenaje al rey de Francia, representado por el duque de Berri y por el condestable. Algunos pusieron para ello ciertas condiciones, á las cuales Carlos V suscribió. Hubo amnistía general, y todos los privilegios de que gozaba el condado en tiempo de Luis IX y de Alfonso de Poitiers fueron confirmados.

La Saintonge y el condado de Angulema quedaron reunidos á la corona; el Poitou, por el contrario, se dejó como dotación al duque de Berri.

Los ingleses conservaban todavía algunas plazas, como Niort, Chizé, Mortagne, Lusignán. A principios de 1373, Du Guesclín puso el sitio á Chizé. Las guarniciones inglesas de Niort, de Lusignán y otros lugares fuertes organizaron un cuerpo de auxilio de setecientos hombres de armas; el condestable aceptó el combate en 21 de marzo, é hizo prisioneros á casi todos los ingleses. Este triunfo decidió la rendición de Chizé, de Niort, de Lusignán, de la Roche-sur-Yon, de Cognac, etcétera. A excepción de algunas plazas sin importancia, el Poitou, l'Aunis, la Saintonge, se habían reconquistado en el espacio de tres años.

V.—Guerra y treguas (1)

En Bretaña Juan IV había continuado siendo inglés en el fondo de su corazón. Carlos V había tenido, sin embargo, gran cuidado en apresurar el cumplimiento de las cláusulas del tratado de Guérande y en dar satisfacción á todas sus quejas; el duque, á pesar de todo, había seguido tomando consejo de Eduardo III. Había dado, en 1365, dos hermosas baronías á Roberto Knolles, y tierras y plazas fuertes en la frontera del Poitou á otro capitán inglés. Olivier de Clisson le había pedido un bosque; él lo había ofrecido á Chandos: «Me doy al diablo, dijo Clisson, que no era muy paciente, si el inglés llega á ser mi vecino;» y corrió á Gávre, demolió el castillo de Chandos é hizo llevar las piedras á Blain para construir su propio torreón. Eduardo III obraba en Bretaña como si estuviera en su casa; pedía aún, en el mes de enero de 1366, que Brest y las plazas más fuertes de la costa fuesen guardadas «por buenos y suficientes ingleses,» y al invitar al duque á venir «en la próxima estación de verano para cazar y divertirse en su compañía,» le aconsejaba que dejara en su país «dos ó tres ingleses buenos y leales,» como «gobernadores y guardianes en su nombre.»

Juan IV se encontró muy apurado cuando Carlos V renovó la guerra contra el rey de Inglaterra, tanto más cuanto que Eduardo III era su acreedor por cantidades importantes. Carlos V hizo todo lo que pudo para poner al duque en buena situación; en 28 de enero de 1370, hasta le autorizó para seguir en Bretaña durante las hostilidades. Un poco más tarde, para facilitar á Juan la ocasión de disipar las sospechas que originaba su conducta, le envió á uno de sus secretarios; pero el duque respondió de una manera ambigua. En 1372, el desembarco de una embajada inglesa en Bretaña aumenta la desconfianza del rey. A una nueva demanda de expli-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—De la Borderie, *Le règne de Jean IV, duc de Bretagne*, 1893. Delisle, *Histoire du château et des sires de Saint-Sauveur-le-Vicomte*, 1867. Mirot, *La politique pontificale et le retour du Saint-Siège à Rome*, 1899.

caciones, el duque contesta con nuevas excusas; anuncia el envío de embajadores y, mientras tanto, dirige á su señor feudal un hermoso presente de «su pescado de Nantes,» «por la novedad,» excusándose de que no haya más (2). Pero algunos meses más tarde, en 19 de julio de 1372, se pactaba un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre el duque de Bretaña y el rey de Inglaterra: Eduardo III prometía enviar á Juan IV trescientos hombres de armas al primer requerimiento y ceder al duque las «marcas,» es decir, la parte Norte del Poitou. Algunos días después Juan de Nevill llegaba á Bretaña como lugarteniente del rey de Inglaterra, con poderes superiores á los mismos del duque.

En otoño de 1372, habiendo Juan de Nevill ocupado Brest con una escuadra y seiscientos hombres de armas, Du Guesclín y los duques de Borbón y de Berri llegaron del Poitou para echarle de allá. Entre Gaël y Rennes fué detenida la duquesa de Bretaña con escolta y bagajes; el duque de Borbón mandó ponerla en libertad, diciendo que no hacía la guerra á las damas; pero se quedó el original del tratado de alianza entre el duque de Bretaña y el rey de Inglaterra, que la duquesa llevaba consigo. Carlos V hizo enviar copias del mismo á todo el condado, en el que eran detestados los ingleses. La mayoría de la nobleza bretona se puso de parte del rey de Francia; las villas y los castillos cerraron sus puertas al duque. Juan IV, abandonado, se embarcó en Concarneau para Inglaterra el día 27 de abril de 1373. Hacia el 8 de agosto enviaba á Carlos V letras de desafío en las que se «descargaba de la fe y homenaje» que le debía y le «reputaba su enemigo.»

La guerra fué vigorosamente conducida con las fuerzas que la conquista del Poitou dejaba disponibles. En la primavera de 1373, Du Guesclín entró en **1373** Rennes, Dinán, Guingamp, adelantó hasta cerca de Brest, y volvió por Quimper, Concarneau, Hennebont. El conde de Salisbury había desembarcado en Saint-Malo: el condestable acudió por Ploërmel y Josselin y le obligó á reembarcarse; después fué, en un rápido crucero, á apoderarse de Jersey, que volvió á perderse casi en seguida; después ocupó Redón, Guérande y Nantes. Pero Brest escapó á Clisson, quien, no obstante, creía haber establecido tan bien el bloqueo «que un pajarillo por tierra no hubiera salido sin ser visto;» seis buques ingleses consiguieron abastecer de nuevo á la guarnición. A fines de 1373 no quedaban á los ingleses más que cuatro plazas: Brest, Derval, Aurai y Bécherel, y hasta Bécherel, que desde 1350 estaba ocupado por capitanes ingleses, se rindió en 1374.

Aquel mismo año Eduardo III enviaba á Francia una gran expedición que había exigido tres meses de preparativos: contaba con «gran número de carros que llevarían por entre el reino de Francia **1374** todo lo que les fuese de necesidad.» El duque de Lancaster y Juan de Bretaña la mandaban. Después de haber entrado en Francia por Calais, debían ir á socorrer las plazas que aún conservaban en Normandía, en Bretaña y en Poitou.

En los primeros días de agosto de 1373, Lancaster salió de Calais á la cabeza de diez á quince mil combatientes. Pero, también esta vez, las plazas estaban bien

(2) De la Borderie, *Le Règne de Jean IV*, págs. 11 á 19.

guardadas en todas partes y se había dado orden de dejar pasar al enemigo sin arriesgarse en lo más mínimo. Los ingleses, no viendo nada delante de sí, temiendo sorpresas, marchaban en columna cerrada, no hacían más de tres ó cuatro leguas por día, se esperaban y todas las noches volvían á encontrarse reunidos. Pasaron delante de Saint-Omer, Aire, Saint-Quentin. En Royes, villa abierta, no pudieron tomar la iglesia, que había sido fortificada. El duque de Borgoña permanecía en Amiéns y cerraba el paso de la Normandía. Lancaster tomó entonces el camino que habían seguido las invasiones precedentes, por el Vermandois, la Champaña y la Borgoña. A falta de batalla, los ingleses incendiaban las aldeas, les exigían rescate y vivían á sus anchas del botín, porque era el tiempo de las cosechas y de la vendimia.

Mientras tanto, Carlos V hace venir de Bretaña al condestable y á Clisson con la mayor parte de sus tropas. Reune á primeros de septiembre, en París, un gran consejo, al cual asisten los duques de Anjou y de Borbón. En él se critica vivamente la táctica real; es una vergüenza, dicen, para el reino de Francia, donde hay tan buenos y bravos caballeros, dejar pasar impunemente un ejército enemigo; pero el rey consulta á Du Guesclín y á Clisson, que se oponen á toda gran operación general, diciendo que «más vale país saqueado que tierra perdida.» Carlos V les confía de nuevo «todo el hecho del reino» y les envía á reunirse con el duque de Borgoña en Troyes.

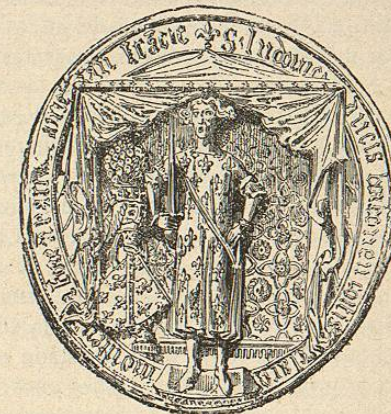
La correría inglesa continúa; Lancaster procura entonces llegar á Burdeos. Después de una derrota que le hace sufrir Clisson delante de Sens, remonta el Loira hasta cerca de Roanne, después atraviesa la Auvernia y el Limousín. Solamente allí puede apoderarse de dos villas fortificadas, Tulle y Brive. Pero había llegado el invierno; la Auvernia y el Limousín eran pobres países donde apenas se encontraba qué comer; más de trescientos caballeros tuvieron que marchar á pie y arrojar sus armas á los ríos ó romperlas á pedazos; la mayor parte de los bagajes se habían perdido en el paso del Loira. En fin, los ingleses iban continuamente seguidos por hombres de armas que iban por la noche á descansar en las plazas fuertes, mientras que ellos vivaqueaban en país llano; de treinta mil caballos, solamente seis mil llegaron á Burdeos después de una campaña de cinco meses. La impresión de este desastre fué tan viva entre los ingleses, que se acusó al duque de Lancaster de haberse hecho pagar por el rey de Francia y haber concertado con él un pacto secreto para asegurarse la corona de Inglaterra á la muerte de Eduardo III.

Una vez terminada la correría de Lancaster, los franceses tomaron nuevamente la ofensiva con éxito. En el Mediodía, el duque de Anjou terminó, á principios de 1374, la conquista del condado de Bigorra. En verano, secundado por Du Guesclín, hizo una expedición hasta Réole, de la que se apoderó. Los franceses quedaban así establecidos en una fuerte posición sobre el Garona, á menos de quince leguas de Burdeos.

Al mismo tiempo se intentaba un gran esfuerzo en Normandía contra el poderoso castillo de Saint-Sauveur-le-Vicomte. Desde el año 1369, esta fortaleza era la base de operación de los ingleses en Baja Normandía; de allí salían á saquear la campaña hasta Bayeux;

todos los años perturbaban la cosecha, y continuamente los campesinos eran sometidos á rescate. Se había convenido que Du Guesclín iría en 1372 á poner el sitio á dicha fortaleza; pero le retuvieron en Poitou y en Bretaña. A partir del mes de agosto de 1374, el almirante Juan de Vienne, asistido de varios comisarios reales, emprendió esta difícil conquista.

Empezó por rodear la plaza de fuertes bastidas, en las que instaló á sus hombres de armas. Los Estados de Normandía, reunidos varias veces en 1374 y 1375, consintieron todos los sacrificios que se les pidieron. El invierno se empleó en preparar una artillería formida-



Sello del duque de Borbón

ble. Llegada la primavera, las grandes balas de piedra lanzadas por los cañones fabricados en Caén espantaron á los ingleses. Convinieron, en 21 de mayo **1375** de 1375, que, si no eran socorridos antes del 3 de julio, evacuarían la plaza después de haber recibido, en todo caso, algo más de sesenta mil francos. Interin, como medida de precaución, Juan de Vienne se hizo llevar más cañones. Nuevos refuerzos le llegaron, principalmente de las milicias comunales precedentes de muy lejos. En el intervalo, en las conferencias celebradas en Brujas para la tregua general, la suerte de Saint-Sauveur se había decidido de manera muy distinta; pero la carta que informaba de esto al capitán inglés no debió llegar á tiempo. Como el dinero estaba pronto, la plaza se rindió á los franceses.

Durante estos seis años de guerra, los papas Urbano V y Gregorio XI no habían cesado de hacer esfuerzos para restablecer la paz. Carlos V había mostrado disposiciones muy conciliadoras; pero Eduardo III había rehusado el arbitraje del papa y el del emperador. Después de la pérdida del Poitou, la ocupación de la Bretaña por los franceses, el resultado desastroso de la correría de Lancaster y la toma de la Réole, se decidió, por fin, á escuchar á Gregorio XI. Se celebraron conferencias en Brujas en la primavera de 1375. Eduardo III envió allí al duque de Lancaster, al obispo de Londres, cuatro caballeros y dos doctores en derecho; el rey de Francia estaba representado por el duque de Borgoña, el obispo de Amiéns, el conde de Sarrebrück y Arnaldo de Corbie. En 27 de junio se pactó una tregua por espacio de un año.

La tregua estipulaba, además del levantamiento del sitio de Saint-Sauveur y la liberación del *capital* de Buch, la celebración de nuevas conferencias para un acuer-

do definitivo. Por consiguiente, se habló de paz; pero los ingleses reclamaban la jurisdicción y soberanía que les había prometido el tratado de Calais, y precisamente Carlos V había hecho la guerra para reconquistarlas. Se hizo decir por su Gran Consejo que si consentía en abandonarlas «sería contra su juramento y su honor y en detrimento de su alma.» Las conferencias no dieron ningún resultado; se parlamentó inútilmente durante más de un año en Brujas, en Montreuil-sur-Mer y en Boulogne. Se ganó solamente un año más de tregua hasta la primavera de 1377.

Durante estas negociaciones, el príncipe de Gales, atacado desde mucho tiempo atrás de un mal incurable, murió en Westminster en 8 de junio de 1376. **1376** Tres meses después falleció el *capitán* de Buch, que tanto había combatido en favor de los reyes de Navarra y de Inglaterra. Desde el hecho de armas de Soubise, Carlos V le tenía prisionero, sin querer ponerle en libertad mediante rescate (*à finance courtoise*); el *capitán* tuvo tantas «melancolías y desengaños,» que «entró en una languidez que le llevó hasta la muerte.» Finalmente, el rey Eduardo se debilitaba de cuerpo y de espíritu, dominado por el más ávido de sus hijos, el duque de Lancaster, y por Alicia Perrers, la «dama del Sol.» En el mes de mayo de 1377 su estado empeoró. Su querida le prometía largos y verdes años, y no le hablaba más que de cacerías y de halcones; cuando se apercibió de que iba á morir, le arrebató un anillo mágico que llevaba en el dedo y escapó. Un pobre sacerdote quedó solo al lado del rey, que expiró, besando el crucifijo, en 21 de junio de 1377.

VI.—Asuntos de Navarra y de Bretaña (1)

Al terminar la tregua se renovó la guerra un poco en todas partes. Carlos V pensaba siempre en llevarla á Inglaterra. Después de haber hecho grandes preparativos en Ruán y en Honfleur, Juan de Vienne, con el concurso de una flota castellana, fué, durante el verano de 1377, á asolar Rye, Lewes, Folkestone, Portsmouth; después, en una segunda correría, toda la isla de Wight; pero no pudo tomar Calais. Los ingleses, sorprendidos en pleno cambio de reinado, habían tenido mucho miedo.

1377 Al Norte del reino, el duque de Borgoña, quien por su parte había tomado por objetivo á Calais, se contentó con apoderarse de Ardres, merced á una poderosa artillería. En el Mediodía, el duque de Anjou llegó hasta Bergerac, plaza muy fuerte que defendía Bertucat de Albret, y entró en ella el 2 de septiembre. En menos de tres meses «conquistó hasta el número de ciento treinta y cuatro entre villas, castillos y otras gruesas y notables fortalezas.» Burdeos se encontraba descubierto y cercado. Pero estos progresos fueron atajados por los asuntos de Navarra y de Bretaña.

(1) FUENTES. — Secousse, *Preuves de l'histoire de Charles le Mauvais*, 1755. *Grandes Chroniques de Saint-Denis*, «Chronique de Pierre d'Orgemont,» edición París, 1838. D. Morice, *Mémoires pour servir de preuves à l'histoire civile et ecclésiastique de Bretagne*, II, 1742.

OBRA DE CONSULTA. — Secousse, *Mémoires pour servir à l'histoire de Charles le Mauvais*, 1758. De la Borderie, *Le règne de Jean IV, duc de Bretagne*, 1893.

En el mes de marzo de 1378 Carlos V recibió cartas «de algunos grandes señores,» informándole que el rey de Navarra había «concebido y maquinado» hacerle envenenar. Un chambelán, á quien Carlos *el Malo* acababa de enviar á Normandía, Jaime de Rue, adicto á su amo desde la infancia, fué denunciado, detenido y llevado á Corbeil en 25 de marzo. Se encontraron en sus cofres documentos comprometedores. Encerrado en el Châtelet de París, interrogado por comisarios especiales, el prisionero contó todo lo que sabía. Su declaración, precisa y sincera, se consignó en tres rollos de pergamino, y Jaime de Rue la firmó.

Menos de un año después, cuando se había empezado el procedimiento contra el rey de Navarra y las tropas reales se apoderaban de sus castillos en Normandía, se verificó otra captura. Pedro du Tertre, secretario y consejero del rey de Navarra, refugiado en una torre del castillo de Bernai, se rindió al duque de Borgoña y al condestable, antes de que su mujer hubiera tenido tiempo de quemar su correspondencia. Llevado al Temple de París, redactó una larga memoria sobre las negociaciones en que había tomado parte, y hasta dió la traducción de varias cartas cifradas que le habían cogido; lo mismo que Rue, firmó también su declaración. Así se reveló todo un largo pasado de perfidias y de crímenes.

Desde la renovación de la guerra, en efecto, Carlos *el Malo* había multiplicado las intrigas. Había ido á concertar con el duque de Bretaña una alianza sospechosa. Después, durante algunos meses, había negociado á la vez con el rey de Inglaterra y con el rey de Francia, procurando engañar á los dos. Habiendo pasado á Inglaterra en el mes de agosto de 1370, había firmado con Eduardo un tratado de alianza, en el cual se hacía prometer Saint-Sauveur-le-Vicomte, siete castillos en Poitou y el vizcondado de Limoges, y también la Champaña, la Borgoña, Mantes, Meulán, el Mans., etc., para el caso de que Eduardo conquistara la Francia. Pero la cosa no había pasado adelante, porque el príncipe de Gales se negó á aprobar la cesión del Limousín y del castillo de Poitiers.

Carlos *el Malo* entonces había vuelto sus ojos hacia Francia. En el mes de marzo de 1371, en Vernón, después de tres días de conferencias, se había arrodillado delante de Carlos V y le había prestado homenaje por todas sus tierras de Francia; pues bien, en el mismo momento hacía intentar una emboscada en las puertas de Meulán para apoderarse de la plaza. Y después, en el mes de agosto, había recomenzado sus gestiones cerca de los ingleses, y las había continuado durante tres años sin que Eduardo III, fatigado de estas inútiles negociaciones, pareciese haberles dado ninguna importancia. A esto se añadían crímenes ó sospechas de crímenes; en 1370 había solicitado á «un médico y sutil clérigo» chipriota para administrar un veneno á Carlos V; en 1372 había hecho asesinar á su baile en Evreux, porque sospechaba que era el protegido del rey de Francia; en 1373 la reina Juana de Navarra, su mujer, hermana de Carlos V, y después el cardenal de Boulogne habían muerto súbitamente. Hasta se contaba que había querido asesinar á su hijo mayor.

En los comienzos de 1378 el rey de Navarra había enviado á Normandía á ese hijo primogénito, Carlos, que tenía entonces diez y seis años, para facilitar con su

presencia el arreglo de las cuestiones de dinero y de territorios, siempre pendientes entre los dos reyes. Fué algunos días después cuando Jaime de Rue partió **1378** de Navarra con instrucciones secretas. Todo estaba combinado para el envenenamiento del rey de Francia; el veneno, proporcionado por una judía de Navarra, debía administrarse por un camarero y un oficial de cocina, inmediatamente después de Pascua. Al mismo tiempo, la alianza con Inglaterra debía por fin concertarse; se había proyectado un casamiento entre Ricardo II, sucesor de Eduardo III, y una hija del rey de Navarra; Carlos sería el lugarteniente del rey en Burdeos y recibiría Bayona y la tierra de Labourt; algunos castillos de Normandía se entregarían á los ingleses, y las hostilidades contra el rey de Francia se empezarían bruscamente, al objeto de sorprender las plazas francesas del Sena.

Desde que conoció las confesiones de los agentes navarros, el rey de Francia, que estaba en Senlis, envió á buscar al joven Carlos de Navarra y le hizo leer la declaración de Jaime de Rue. El joven se indignó y protestó de su fidelidad á Carlos V. El rey hizo jurar á los capitanes navarros de Normandía que habían acompañado al príncipe, que entregarían al primer requerimiento las plazas de su mando. Juan de Bueil fué á Langüedoc á posesionarse de Montpellier. Aun á riesgo de desbaratar la campaña del duque de Anjou en el país de Burdeos, Carlos V envió al condestable y al duque de Borgoña á apoderarse de las plazas navarras de Normandía. Desde abril hasta julio de 1378 se ocupan Evreux, Couches, Paci, Bernai, Carentán, Avranches, Pont-Audemer, Mortain, etc. En Gavrai, además de toda la artillería navarra, cogen el tesoro de Carlos *el Malo* y tres coronas reales de Francia. No queda á los navarros más que Cherburgo, que, en virtud de una orden del rey de Navarra, había sido entregado á los ingleses en 27 de julio.

El duque de Lancaster, á fin de junio de 1378, fué en auxilio de los navarros con tres mil hombres de armas, un número mayor de arqueros y cuatrocientos cañones. Sitió Saint-Malo, amenazando también la Bretaña y la Normandía. Du Guesclín acudió con mil quinientas lanzas é hizo gran daño á los ingleses, que estaban con mucha estrechez en una lengua de tierra. La plaza, además, fué muy bien defendida por su guarnición que mandaba el corsario de Saint-Malo llamado Morfouace. Después de más de treinta días de sitio, los enemigos se retiraron desalentados. Juan de Vienne destruyó una flota inglesa delante de Cherburgo, pero Du Guesclín no pudo apoderarse de la ciudad.

En París se hizo justicia: De Rue y Du Tertre, condenados por el Parlamento, fueron llevados desde el Palacio de Justicia hasta el Mercado; allí, sobre el cadalso, el verdugo les cortó la cabeza y los cuatro miembros, «los cuales cuatro miembros de cada uno de ellos fueron colgados en ocho horcas fuera de las cuatro puertas de París, y las cabezas en la plaza del Mercado y lo demás en el patíbulo.» Los navarros recibieron la orden de abandonar la Normandía, bajo pena de ser tratados como rebeldes; pero el rey concedió un gran número de indultos, y hasta, en 30 de julio, un perdón general.

Por otra parte, Carlos V había reclamado el auxilio de su aliado el rey de Castilla contra Carlos *el Malo*.

Enrique atacó á los ingleses en Bayona con una fuerte armada, mientras que el condestable de Castilla sitiaba á Pamplona, capital de Navarra. Carlos *el Malo* fué á buscar á Burdeos un ejército inglés, que llegó lentamente á los alrededores de Bayona. Entonces el sitio de Pamplona fué levantado por los castellanos; pero Enrique reapareció con tanta fuerza en 1379, que el rey de Navarra se vió obligado á tratar, y entregó en prenda sus principales fortalezas al rey de Castilla. Después le fué preciso pagar á los ingleses, á quienes había llamado en su auxilio, levantar empréstitos, dar villas en garantía; estaba arruinado, despojado de sus dominios de Francia; su reino estaba entregado á sus acreedores. En 1387, miserable y deshonrado, terminó su vida que había sido tan funesta para el rey de Francia y hasta para él mismo.

Cuando hubo acabado con el rey de Navarra, Carlos V empezó contra el duque de Bretaña, entonces refugiado cerca del conde de Flandes. Le emplazó para comparecer en 4 de diciembre de 1378 ante su Parlamento, «debidamente guarnecido de pares.» Las letras de emplazamiento fueron «pegadas en las puertas de las ciudades y villas fuertes de la Bretaña.» Los debates, empezados el 9 de diciembre en presencia del rey, ocuparon ocho sesiones. Juana de Penthièvre, que se había hecho representar, reclamó el ducado para su hijo Enrique; pero por sentencia de 18 de diciembre, Juan IV fué declarado traidor y su tierra confiscada y reunida á los dominios de la corona.

Carlos V tenía buenas razones para desear esta unión; la Bretaña había sido para los enemigos una puerta abierta para entrar en Francia. Pero ofendía el vivo patriotismo de los bretones, y desconocía así los servicios que le habían prestado tantos de aquellos valientes. Guillermo de Saint-André, en su *Libro del buen duque Juan de Bretaña*, expresa el sentimiento público de su país al saberse la noticia de que el viejo reino de Conán Mériadec, más antiguo que el de Clodoveo, iba á perder su independencia. Recuerda la abnegación de los mozos bretones, heridos, «rotos y disecados, los unos tuertos y los otros torcidos;» sus caras parecían «una corteza;» habían corrido tanto que «fuera de las túnicas salía la borra;» sus camisas estaban «demasiado humedecidas de sudor;» «estaban más heridos delante que detrás,» mientras que los franceses, bien peinados, con la cara tierna, la barba cuidada, bailaban en salones sembrados de flores y cantaban «como sirenas.» Los bretones son pesados y tontos, añadía Guillermo de Saint-André, pero van á espabilarse y á afilar bien sus espadas para «defender sus libertades hasta la muerte.» En todas partes se aprestan; se ponen los castillos en estado de defensa; se vende el buey y la vaca «para adquirir corceles y caballos.»

Carlos V designó al duque de Borbón, Juan de Vienne, Bureau de la Rivière y Juan le Mercier para ir á tomar posesión del ducado, y algunos días después de Pascua de 1379, llamó á su lado á Du Guesclín, Clissón, Laval, Rohán y otros señores bretones. Les recordó las felonías del duque Juan, les explicó el procedimiento seguido y justificó la sentencia final. Exigió de ellos promesas y juramentos: sobre el Evangelio y la Veraruz les pidió «que las villas, castillos y fortalezas que tenían y guardaban en nombre del rey, que eran del